



Octavo Centenario de Rumi

¡Maravilloso amor!

¡Maravilloso amor, maravilloso amor,
maravilloso amor tenemos, oh Dios!
¡Qué extraordinario, qué agradable
y qué bello es ese amor, oh Dios!
¡Qué ardor, qué ardor el de ese amor
que es nuestro sol!
¡Qué oculto, sí, qué oculto y qué visible es ese amor,
oh Dios!
¡Maravillosa luna, maravillosa luna,
maravilloso ese vino que la acompaña,
que da belleza al alma y da belleza al mundo, oh Dios!
¡Qué extraño ese fervor, qué extraño ese fervor
que ha surgido en el mundo!
¡Qué extraña es esa obra, qué extraño es ese estado,
oh Dios!
¡Llegó, llegó ese Rey que reina sobre los caballeros!
¡Qué polvareda, sí, qué polvareda ha levantado,
oh Dios!
¡Hemos caído, hemos caído,
y no podemos levantarnos!
¡No entendemos, no entendemos ese tumulto, oh Dios!
¡Desde cada lugar, desde cada lugar
asciende un humo diferente!
¿Oh, qué nueva locura, di, qué nueva locura es ésta,
oh Dios?
No hay ningún cepo. No hay ninguna cadena.
¿Por qué estamos ahí encadenados todos?
¿Qué cadena es esta, qué grillete es éste
que traba nuestros pies, oh Dios?
¡Oh!, ¿qué imagen, qué imagen es esa
que ilumina el corazón ardiente?
¡Es extraña!, ¡es extraña!, ¡y de lo alto viene!, ¡oh Dios!
¡Oh!, ¡silencio, silencio!, no vaya a ser
que nos descubran,
pues nos rodean extraños, a derecha e izquierda,
¡oh Dios!

—*Divan de Shams-e Tabrizi*, Rumi
—Traducido por José M^a Bermejo

Con un garboso contoneo te marchas, ¡Alma del alma!,
no te vayas sin mí.
¡Vida de los amigos!, a la rosaeda no te vayas sin mí.
¡Oh, rueda celestial!, sin mí no gires, y tú, ¡luna!,
no brilles más sin mí,
no crezcas sin mí, ¡tierra!; ¡oh, tiempo!,
no transcurras sin mí.
Contigo los dos mundos son gozo y alegría,
¡mundo de aquí!, no estés sin mí, ¡mundo de allí!,
no estés sin mí.
¡Oh, visible!, sin mí no te reveles, ¡oh, lengua!,
no recites sin mí,
¡oh, mirada!, no mires más sin mí, ¡oh, alma!,
no te vayas sin mí.
A la luz de la luna, la noche ve su rostro blanco.
yo soy la noche, y Tú, mi Luna, no te vayas sin mí.
Es la flor la que salva de la hoguera a la espina,
Tú eres la Flor, y yo, tu espina en el jardín,
no te vayas sin mí.
¡Oh gozo!, cuando estés junto al Rey, no estés sin mí,
¡oh centinela!, cuando subas a la azotea del Rey,
no te vayas sin mí.
Pobre del que recorre este camino sin tu signo,
Tú eres mi signo, ¡oh Tú, libre de signos!,
no te vayas sin mí.
Pobre del que atraviesa este camino sin tu ciencia,
Tú eres mi ciencia, ¡oh Tú, que sabes el camino!,
no te vayas sin mí.
“Amor” te llaman otros, pero yo únicamente
“Rey del amor” te llamo,
¡oh Tú!, Tú que rebasas todo lo imaginable,
no te vayas sin mí.

—*Divan de Shams-e Tabrizi*, Rumi
—Traducido por José M^a Bermejo



¡Oh enamorados!, ¡oh enamorados!,
 si alguien ve Su rostro,
 sentirá que enloquece,
 que se trastorna su temperamento.
 Buscará día y noche al Bienamado, arruinará su tienda,
 se arrastrará sobre su rostro y sobre su cabeza,
 como el agua en Su río.
 Se volverá loco de amor, girará errante
 como la bóveda celeste;
 para quien sufra esa aflicción, ya no habrá cura.
 Hasta el alma del ángel adorará al que
 en polvo de Dios se ha convertido,
 y el universo entero le servirá a su hindú
 como cabalgadura.
 Tomará entre las manos de su amor
 al corazón adolorido, olfateándolo,
 ¿cómo puede oler mal el corazón
 que toma la fragancia de sus manos?
 ¡Ah, cuántos pechos rasgó Él!
 ¡Ah, cuántos sueños interrumpió Él!
 ¡Ah, cuántas manos manió eternamente
 su mirada seductora!
 Mira al cielo, a la cumbre de los espíritus,
 ¡cuántos velas y antorchas sobre su torre,
 sobre su tejado!
 ¡Oh luna!, tú miraste su rostro y le robaste su belleza,
 ¡oh noche!, tú entreviste su cabellera, ¡ay, no!,
 pues eres menos que un hilo de su pelo.
 Se hizo el amor mi huésped y malherió mi alma,
 cientos de olés, cientos de gracias a su mano, a su brazo.
 Ya me arranqué manos y pies, ya dejé toda angustia
 y toda búsqueda,
 toda búsqueda se me ha desvanecido
 para buscarle a Él.
 ¡Oh, cuántas veces dije: “corazón, guarda silencio
 en tu pasión”!
 pero ya nada escucha el corazón después de haber
 oído su palabra.

—*Divan de Shams-e Tabrizi*, Rumi
 —Traducido por José M^a Bermejo

*Vete a tu alcoba a reposar y déjame a mí a solas,
 deja a esta ruina que vaga errante y afligida
 en la noche.
 Aquí estamos a solas, noche y día, nosotros
 y las olas de la añoranza del amor,
 ven y perdónanos, si quieres, o márchate, si quieres,
 y sé infiel con nosotros.
 Huye de mí para evitar caer también tú en la aflicción,
 toma el camino de la prosperidad,
 deja el camino de la pena.
 Aquí estamos nosotros y las lágrimas, en el rincón
 de la aflicción,
 levanta mil molinos sobre el agua que fluye
 desde nuestros ojos.
 Un asesino sin piedad tenemos, su corazón es duro
 como la piedra, y mata,
 pero nadie se atreve a decirle: “piensa
 en la recompensa de la sangre vertida”.
 El Rey de los que tienen bello rostro no está obligado
 a la fidelidad,
 pero tú, enamorado de rostro desvaído, sé paciente,
 sé fiel.
 Sufrimos de una pena que no tiene otra cura
 que la muerte,
 ¿cómo puedo pedirte que cures
 esta pena que padezco?
 Anoche vi yo en sueños a un anciano
 en la vecindad del amor,
 vi cómo me hacía señas con la mano y me decía:
 “ven a mí;
 si hay un dragón en tu camino, el amor es
 como una esmeralda;
 absorto en el fulgor de esa esmeralda,
 aparta a ese dragón de tu camino”.

—*Divan de Shams-e Tabrizi*, Rumi
 —Traducido por José M^a Bermejo

